

■ La Sidra de Astigarraga podría conseguir el label vasco en un par de años

Del mojón al txiri, la liturgia de la sidra debe transcurrir de pie, con unción y buen humor

ESCUCHAS a muchos conversos del txotx y el txiri, convocados por la voz mágica de «mojón» y echas a temblar. Sin un catecumenado previo, ayunos de una «teórica» que aquí debería ser obligatoria, bajan los urbanitas a las catacumbas de las sidrerías clásicas, las de siempre, y poco menos que exigen les coloquen sillas para sentarse. Siquiera un banco corrido. Me corroe la sospecha de que hasta querían que un maitre les tomara la comanda. «Comer de pie, con lo cansado que uno está», se lamentan, mientras se trabucan a la hora de embocar el chorrito de sidra del txiri, empeñados en colmar el vaso hasta que rebese, cuestión de supervivencia, pensando en bebérselo después en cortos traguitos mientras dan cuenta de «su ración» de tortilla de bacalao. Suya y no compartida, que la promiscuidad no está bien vista, parecen decirte con mohín de bien educados. Pues no. Y siento discrepar. Las sidrerías son ácratas y bertsolaris en sus inicios. Se debe comer de pie, frente a una mesa corrida. Una tortilla de cuatro raciones en único plato. Más con pan de hogaza, un milagro, que con tenedor. La chuleta, troceada, también compartida. Nada de sugerir «a mí, vuelta y vuelta. A mí como una suela de zapato». Se les supone oficio a los parrilleros. Suerta una voz de akelarre, «¡Mojón!», se coge el vaso y se inicia el peregrinar a la kupela, el txotx y el mojón. Mil veces. Hasta que el cuerpo aguante.



LA CALLE OPINA ¿Es partidario de que la tradición de la sidra perdure? / por Luis Mari Unciti

«La sidra merece muchos años de vida»

Joaquín Alberro. Es un jubilado de Astigarraga, que tiene 84 años, y que opina que «la sidra merece mucha vida, toda la vida del mundo porque es parte de la historia de nuestro pueblo. Además, beberla es un placer, pero esa es la segunda parte. De todos modos, es un gran producto».

«Es lo que más fama nos ha dado»

Mari C. Calvo. Mientras pasea con su dos pequeños hijos, esta ama de casa astigarragatarra de 32 años, tiene las ideas muy claras: «Se debe mantener cuanto tenga que ver con la sidra, con su producción o con su consumo. La sidra es lo que más fama ha dado a Astigarraga».

«Mi ama se enfada si la bebo»

Julen Zuaznabar. Tiene 9 años, opinión y buen gusto, aunque pueda resultar prematuro: «Me gusta que el pueblo vaya bien. También con la sidra. He oído que somos famosos por nuestra sidra y eso tiene que ser bueno. Yo ya la he probado alguna vez, pero mi ama se enfada».

«Es una bebida natural y sana»

Juanjo Urruzola. Urnie-tarra de 37 años, que, por más coincidencia es sidre-ro. Pero trata de hacer un esfuerzo por la objetividad: «Esta tradición tiene que durar muchos años, siempre. Además, es una bebida artesanal, natural y sana. Y encima da trabajo a la gente».

«Hay que apostar por el país»

Ignacio Sarasola. Es de Asteasu, tiene 36 años y también produce sidra. Se manifiesta a favor de una larga vida para este producto, «que no es de hoy sino de hace muchos años. Además, la hacemos con la manzana de aquí y hay que apostar por el País».

«Estoy a favor de las sidrerías»

Juan Calvo. Natural de San Martín del Castañar (Salamanca), está jubilado, tiene 64 años y más de 20 de residencia en Astigarraga. «La sidra es algo estupendo, porque todo lo que beneficie al pueblo lo es. Hay gente que se queja de que las sidrerías meten jaleo, pero yo estoy a favor».

